



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

HISTORIA

DE LOS

MUSULMANES ESPAÑOLES.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est.

A-3

Tabl.

1

N.º

24



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

HISTORIA

DE LOS

MUSULMANES ESPAÑOLES

HASTA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA
POR LOS ALMORAVIDES.

(711-1110.)

POR R. DOZY,

*Comendador de la orden de Carlos III, académico corresponsal de la de la
Historia de Madrid, socio extranjero de la Sociedad Asiática de Paris,
profesor de historia en la Universidad de Leiden.*

TRADUCIDA Y ANOTADA **CULTURA**

JUNTA DE ANDALUCÍA POR F. DE CASTRO,

Ex-catedrático de Historia de España en la
Universidad de Sevilla.

Donativo del Sr. Conde de
TOMO X.
Romanones á la Biblioteca
de la Alhambra. 1909

MADRID.

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUAREZ,
Jacometrezo 72.

1877.

HISTORIA
DE LOS
MUSULMANES ESPAÑOLES
HASTA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA
POR LOS ALMORAVIDES.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Esta obra, que ahora se traduce al castellano por primera vez, há tiempo que goza entre nosotros de grande y merecida celebridad.

Fruto de un trabajo de veinte años, durante los que su autor ha consultado todos los manuscritos relativos á la Historia de los Árabes que se conservan en Europa, es de aquellas que están llamadas á formar época en este género de estudios, hoy es considerada justamente como la mejor y lo será siempre como una de las clásicas en esta materia.

Hasta ahora, por lo menos, solo en ella

VI

encontramos una esplicacion satisfactoria de esta maravillosa aventura de siete siglos, que comienza con la derrota de don Rodrigo en Wadi-Becca y termina cuando el conde de Tendilla tremola los estandartes castellanos en las torres de la Alhambra.

Unas hordas semi-salvajes casi desconocidas á los historiadores clásicos que arrastraban penosamente su oscura existencia en las tristes soledades de la Arabia, inflamándose á la voz de un pobre camellero, cuyas extravagantes revelaciones no escitan al principio mas que la sonrisa ó el sarcasmo de aquel pueblo escéptico, conquistando á su nombre aquel Oriente; barrera infranqueable del poder romano, sometiendo á aquella Africa jamás sometida y haciéndose dueños en un dia de esta nuestra España, tierra en se marchitan los láuros de todos los conquistadores, y que á despecho de las leyes mismas de la vida, habia balanceado durante siglos el poder incontrastable de la Ciudad Eterna; una

VII

gente semi-bárbara, despreciadora de la agricultura, de la industria y del comercio, que estimaba profesiones indignas del hombre libre, cuya antigua ignorancia y cuyo nuevo fanatismo, les lleva á odiar los tesoros del saber acumulados por el trabajo de todos los génius, plantando esos incomparables jardines que se llaman las huertas de Valencia, de Orihuela, de Murcia y de Alicante, esas vegas de Córdoba, de Sevilla y de Granada que parecen soñados paraísos, y esos poéticos cármenes en que florecen plantas exóticas suspendidas del azul de los cielos, cubriendo el Mediterráneo con las blancas velas de sus naves cargadas con los ricos tegidos de algodón, de lana, de sederías y de brocados que labran en Córdoba, en Sevilla, en Almería y en Granada millares de telares, edificando esa mezquita de Córdoba, esa Giralda de Sevilla, esa Alhambra de Granada que los ojos no se sacian de contemplar, enseñando á la asombrada Europa ese tan sábio como sencillo sistema de notacion aritmé-

VIII

tica que aprendieron de los indios, y á que el mundo agradecido ha bautizado con el nombre de numeracion arábiga, inventando ó adelantando el Álgebra y la Trigonometría, descubriendo en los cielos astros que habian escapado á las miradas de Hiparco y Tolomeo y en la tierra plantas salutíferas desconocidas á Aristóteles, Teofrasto, Hipócrates y Galeno, haciendo resonar en nuevas liras cantos hasta entónces no escuchados, creando la Química y penetrando más allá de lo visible en ese mundo de las eternas esencias en cuya diamantina red están tejidos la Naturaleza y el Espíritu que el sevillano Tofail y el cordobés Ibn-Rosch enseñan á Alberto el Grande, Santo Tomás y Ecoto, y luego, cuando han llegado á domar la oposicion de los vencidos, cuando la inquieta aristocracia árabe ha sido refrenada por la fuerte mano del poder real, cuando han conseguido levantar un imperio tan poderoso que los Emperadores de Oriente y de Occidente para captarse su amistad le

IX

envian presentes y embajadas, tan rico, que por el capricho de una favorita hace aparecer como por arte mágico, aquella poética Zahara en cuyos jardines corrian fuentes de buyente azogue y cuyas maravillas nos parecerían el sueño de un poeta á no atestiguar unánimes su existencia escritos y ruinas; tan ilustrado que sus sábios dirigen la cultura del mundo durante siglos, y nos asombra con el número de sus literatos y de sus academias, y lo rico de sus bibliotecas; cuando acaba de producir á su mayor guerrero aquel incomparable Almanzor, el debelador de Búrgos, de Leon y de Barcelona, el que hace conducir en hombros de cautivos las campanas de Santiago para fabricar con ellas lámparas que alumbren la mezquita cordobesa, entónces, en el apogeo al parecer de su pujanza, cuando apenas el héroe acababa de ser enterrado en el polvo de sus victorias, el califado se disuelve y unos pocos de aquellos vencidos en un dia que se habian refugiado en las montañas asturianas donde al principio, ajenos á toda

X

policía, vivían como fieras, persiguiéndolos de campamento en campamento y de ciudad en ciudad, acaban por obligarles á abandonar hasta el último aquella tierra enriquecida con su sudor que sus enemigos prefieren ver yerma y deshabitada, á dejar que les preste aquel asilo que piadosa no niega ni al esclavo; cosas son que mas parecen uno de esos cuentos de encantamiento con que las nodrizas se complacen en suspender la inquieta atencion del niño, llevándola de asombro en asombro y de maravilla en maravilla, que sucesos cuya verdad la Historia ha comprobado con los delicados reactivos de la crítica, ántes de grabarlos para siempre en sus inmortales páginas.

Y sin embargo, cuando guiados por el sábio profesor de Leiden, sorprendemos bajo la móvil tienda del beduino, el espíritu individualista y aventurero de esas tribus que no sin razon han sido apellidadas los germanos del Oriente, fácilmente nos explicamos cómo cuando las luchas entre

XI

las diversas sectas cristianas y judías despiertan su hasta entónces dormido sentimiento religioso, y este sentimiento concentrándose en un hombre nervioso y soñador como Mahoma, produce un libro que, dejando atrás literariamente considerado á la moallaca de Levid, ofrece á sus creyentes, en los cielos oasis nunca imaginados en las trabajosas jornadas del desierto, se lancen los musulmanes sobre los enervados imperios del Asia, con aquel claro presentimiento de sus destinos que hacía decir por boca de Khaleb al rey de los reyes: «de grado ó por fuerza recibirás nuestra ley, porque os será llevada por hombres que aman la muerte tanto como vos amais la vida.»

Cuando con su ojo sagáz nos descubre el historiador las miserias de la tan ponderada civilizacion visigótica, extraña mezcla de la sábia corrupcion romana, de la sana pero anárquica, como niña, vitalidad del germano, y de los generosos sentimientos del cristianismo que la Iglesia trae á las leyes, y que el interés de clase y la intransigen-

cia del sectario no tardan en convertir en instrumentos de opresion, puede concebirse cómo bajo aquella constitucion política en que la libre junta germánica ha cedido su puesto al áula régia ó consejo palatino, y en que los obispos que como elegidos ántes por el pueblo entre los mas virtuosos eran los verdaderos defensores de la ciudad, sacados cada vez más de entre los optimates, llegan á constituir otro cuerpo privilegiado que disputa al primero la direccion política, conviniendo solo con él, en impedir la consolidacion de la monarquía, único poder capaz de servir de centro á gentes de tan diversas tradiciones y costumbres, se conservan y aun se estreman todos los abusos de la época imperial, aquellos latifundios que perdieron la Italia y las provincias, aquellos privilegiados que aumentaban sus posesiones con la comun miseria, aquellos curiales el nervio de la produccion abrumados por los impuestos y envidiando la suerte de los esclavos, estos esclavos, que al oir predicar la igualdad de los hombres ante

XIII

Dios, habían soñado ser libres, y que viendo que la manumisión les concedía bajo una monarquía cristiana ménos derechos que les había otorgado una república gentilica, y que la Iglesia de quien esperaban su libertad los declaraba en sus Concilios y en las leyes su propiedad perpétua, privándoles hasta de la esperanza, maldicen en secreto de su pátria, y reniegan de su fé, y más léjos todavía, y todavía más miserables los judíos á quienes les arrebatan los hijos para educarlos en una religion que no es la suya, á quienes se les convierte por decreto y luego se les castiga como apóstatas: ¡qué extraño pues, que donde se ajitan tantos y tan encontrados intereses sin que la santa voz de la pátria se haga oír, para acallar y moderar aquellos egoismos, las rebeliones siguen á las rebeliones, los asesinatos á los asesinatos, y el Estado sea presa de desordenado movimiento como barco sin lastre, ó cuerpo que no ha hallado su punto de equilibrio! ¡Qué extraño que los hijos de Witiza, representan-

XIV

tes del espíritu gótico, busquen contra don Rodrigo, elegido por los elementos latinos la ayuda de los árabes, como los latinos habian buscado contra los godos la ayuda de los francos y de los imperiales! ¡Qué extraño que cuando vencido por la traicion, mas que por los berberiscos de Taric, muere ó desaparece el último rey de los visigodos único lazo que sugetaba siquiera exteriormente aquel haz de encontradas aspiraciones, se deshaga la unidad aparente de aquel estado que no ha conseguido reunir á sus súbditos en un pensamiento é interés comun, ni aun establecer una ley de sucesion unánimemente reconocida y aceptada! Temerosos los unos de las antiguas cadenas, se apresuran á someterse y á favorecer á los invasores; pactan los otros por conservar algo de los antiguos privilegios, el ódio y la venganza mueven á los judíos á engrosar las huestes enemigas, y sin atender más que á su mezquino egoismo, lo mismo el siervo que ayuda á escalar las murallas de Córdoba que

el príncipe que les sirve de gobernador en Toledo; lo mismo el Metropolitano, que como mercenario abandona á sus ovejas en la tribulacion, que la Reina que no se avergüenza de compartir el lecho del Walí; todos igualmente traidores á su pátria, huyen, no ante el terror de las armas musulmanas, sino ante el que les inspira el espectro de su propia debilidad.

Mejorada, triste pero preciso es confesarlo, con la conquista, la suerte de los siervos convertidos los más en libres por haber renegado de sus antiguas creencias, (tan escaso era el cuidado que se había tenido de adoctrinarlos y de fortalecerlos en la fé) subdivididas las grandes propiedades de la Iglesia y de los reyes, diseminada por los campos la poblacion, que á lo ménos en los últimos tiempos de la monarquía visigótica parece haberse concentrado en las ciudades, tranquilas las clases superiores y hasta el mismo clero por cierta política más que inteligente obligada tolerancia, llevados unos por interés, otros por pereza y

XVI

cobardía hácia el nuevo orden de cosas, y más aficionada la nueva generacion á los esplendores de la cultura arábica que en sentir de Alvaro y de otros piadosos varones á godos y á cristianos conviniera, ni convidados por las discordias intestinas ni alentados por las repetidas victorias del primer Alonso, que apenas puede arrastrar algunos miles de muzárabes para repoblar los riscos asturianos, pobre, pero gloriosa cuna de la nueva monarquía, responden al grito de guerra virilmente lanzado por Pelayo y coronado por el triunfo en Covadonga; traen por el contrario á sus señores el saber conservado por la escuela Isidoriana, que aun descartadas las exageraciones, no puede negarse despues de los trabajos de Simonet y Amador de los Rios que da cierto carácter á la literatura arábigo-occidental, y capacita á los musulmanes españoles para aprovechar los restos de la civilizacion clásica, mientras que en la Persia; en la India y en la China encuentran otras mas antiguas y olvidadas, ó que

XVII

nunca entraron en la corriente central de la vida europea, de las que aprenden métodos aun hoy admirados de irrigacion, y el cultivo de plantas aquí desconocidas para la agricultura, nuevas materias y procedimientos para las artes y las industrias y nuevos datos para la ciencia que hacen del califado árabe de Occidente el estado más rico, más próspero y más ilustrado del mundo.

Mas no es la roca en que se asientan los imperios, la riqueza ni el poder sino la justicia, y el pueblo arábigo trae á la historia un vicio original. Individualista, pero al modo del Oriente donde todas las ideas toman al punto un carácter absoluto y esclusivo, no piensa al individuo como á quien por serlo necesita de los demás para vivir y desenvolverse, sino como él que bastándose así mismo, todo lo fía de su valer. Con un Dios como en el que Mahoma idealizó á los suyos, único y sin compañero, más tambien sin semejante, unidad simplísima en que hasta la propia perfeccion se desva-

XVIII

nece, con un libro, código á la par civil y religioso que dá la inmutabilidad de dogmas á las varias conveniencias de la política, con un Califa, sumo sacerdote y sumo imperante, no cabe concebir otro organismo interior, más que una série de unidades que mútuamente se repelan como en el proceso hegeliano, que si se consideran como irradiaciones del todo, conducen al despotismo, si con propia subsistencia, á la anarquía. Y en efecto, período de anarquía es aquel que sigue inmediatamente á la conquista. Ofrece la península arábica entre sus habitantes oposicion semejante á la de germanos y latinos; pastores los unos, los otros agricultores y mercaderes, pero en vez de buscarse como aquellos, como el varon buscaba muger, para unirse ante el mismo altar, la obligada unidad de creencias, no sirve mas que para exacerbar los ódios, luchando por el poder «compañeros y defensores» contra la antigua aristocracia; religiosos é inhábiles los unos, políticos y excépticos los otros, mirando

XIX

aquellos en el gobierno, el lado de la Iglesia, estos el del Estado. Mayor contraste ofrece todavía el árabe aristócrata con el berberisco, que si al principio rechaza el Islam, que le ordena abluciones cuando no tiene agua, y limosnas cuando nada tiene que dar, enamorado al fin de las ideas democráticas que se hallan en el fondo de toda religion, las vuelve con sus lanzas contra los que fueron sus apóstoles y se convirtieron en sus tiranos; unos y otros ensangrientan la península como habian ensangrentado la Meca y Medina, las llanuras del Irac y los desiertos del Africa. Y como cada afirmacion supone la negacion de todo el resto y como cada miembro no existe sino por la anulacion de los demás, vivir es destruirse, y la guerra y la venganza, la ley de aquella sociedad. Para salir de aquel estado era preciso una individualidad que lo resumiera todo, una voluntad que hiciera callar toda voluntad, que en pueblos que no tienen la conciencia del derecho, de la anarquía se pasa al despo-

tismo, aspectos ambos de la fuerza ciega. Cada uno de los jeques habia intentado realizar este pensamiento en su provecho; algunos lo habian logrado hasta por algunos meses. Porque para dominar aquellas inquietas ambiciones se necesitaba algo de sobrehumano que se imponga, que nadie se aviene á obedecer á sus iguales. Último vástago de una familia que habia ocupado con gloria el califado, milagrosamente escapado á las iras de los abásidas, proféticamente anunciado desde la cuna como el restaurador de su familia, interesante por sus aventuras y desgracias «el sacre de Coreix,» Abderramen el desterrado, reunía todas las condiciones de un fundador de imperios; nobleza, tradicion, audacia, mision divina, valor y hasta belleza y juventud. Su reinado es un continuo combate; mas al morir deja asentada la monarquía. Por su naturaleza y por su origen, esta monarquía estaba llamada á realizar el principio de unidad, lo que en el lenguaje del Oriente equivale á decir que esta-

ba llamado á borrar toda diferencia. Y la primera con que se encontraba, era nada ménos que una diferencia religiosa. ¿Cómo el Pontifice y el Soberano había de tolerar á sus súbditos creencias que en su sentir eran un pecado y un delito? Es preciso que los cristianos se conviertan, que los visigodos se arabicen, que se les lleve á las escuelas musulmanas; que se les prohíba su lengua. Mas ¿cómo los muzárabes han de tolerar que se les arrebatase la lengua en que conservan el espíritu de su raza y los tesoros de su fé? No pueden luchar con la fuerza, porque no supieron fundar un Estado y son débiles, entregarán el cuerpo; pero pertenecen á una iglesia que les ha enseñado que el espíritu es incoercible, y desafiarán el martirio. Así la primera insurreccion que tiene que vencer la monarquía es una insurreccion moral. Á la insurreccion moral sigue la política; á los martirios de Córdoba, la rebelion de los renegados.

Hafsum, de antigua estirpe gótica, se-

XXII

mi-cristiano, semi-musulman, audáz, aventurero, soñador proscrito, justiciero, y sobre todo, astuto, levanta el pendon de la rebeldía en las ruinas de Bobastro, y bajo él se agrupan todos los enemigos del Califado, todos los que quieren sacudir el yugo, lo mismo los cristianos que los renegados y los árabes, lo mismo los oprimidos que los aristócratas; dominador del pais, sus algaras tocan ya en las puertas de Córdoba; pero aquellos elementos no se han reunido para aceptar un nuevo señor, sino para mantenerse cada cual independiente; estallan la discordia y un nuevo Abderamen, no menos poético, no menos hermoso, no menos desgraciado é interesante que el primero, arranca en un instante el imperio del borde de su ruina. En la lucha ha perecido la aristocracía y la union y la costumbre han moderado los ódios religiosos: la monarquía ahora será un hecho; ahora es cuando verdaderamente vá á nacer el Califado. Pero no es la representacion del pueblo, si pueblo puede llamarse

XXIII

aquella agrupacion de tribus, es una autoridad estraña, impuesta por sus guardias de mudos y eslavones. Cada vez más aislada en los alcázares de una ciudad creada expresamente para aislarse de sus súbditos, el Califa es una especie de mito, que no habla sino por la voz y la espada de sus hadjibes. Todo el mundo conoce á Almanzor, nadie conoce al último de los Hixem, que aparece y desaparece, muere y resucita misteriosamente. La monarquía ha llegado á toda su unidad, es decir, á toda su abstraccion, y ha concluido. Cuando la gigante sombra del guerrero siempre victorioso, que la oculta, desaparezca, árabes, eslavos, berberiscos, omeyas aimeríes, se disputarán el mando; pero, ¿qué walí logrará hacerse obedecer de los demás walíes? En vano Gewar intentará crear un feudalismo á la manera germánica; la intransigencia individual del árabe no lo permite. Se ha salido del despotismo, preciso es recaer en la anarquía.

En tanto, aquel estado microscópico que

XXIV

había nacido en una cueva, ha ido estendiéndose y fortificándose, buscando la fuerza en el derecho, de los elementos dispersos que perdieron el reino visigótico ha emprendido la noble tarea de formar un pueblo. Las discordias entre árabes y berberiscas permiten las algaras de Alonso el Católico, que fortifica los pasos de las sierras, y asegura aquel nido de águilas, que puebla con los muzárabes, que arrastra en sus afortunadas correrías. El aumento de población exige la mejora del cultivo, y se alienta el trabajo en las exenciones de las cartas pueblas; se necesita fortificar la fé, y se encuentra milagrosamente el cuerpo del Apóstol de las Españas, que será en adelante su invencible caudillo; se necesitan leyes, y Alonso el Casto, restaura todos los órdenes en la Iglesia y en el Estado. Pero que no se piense que se vá á estancar en la constitucion gótica. La voz nacional personificada en Bernardo, dice elocuentemente que no es una guerra religiosa, sino una guerra

guerra nacional, la que se vá á emprender: el concilio tiende hácia las córtés; las tendencias feudales moderan la autoridad de la Iglesia y de la monarquía, el siervo afloja sus cadenas, y cuando se llega á las llanuras de Castilla, cuando la necesidad de poblar establece una competencia de derechos, cuando en las ciudades fronterizas el bandido se convierte en héroe y S. Millan desenvaina aquella espada nunca ociosa, y resuenan esos romances que son nuestros salmos nacionales y cada hombre está sujeto á una piedra por el lazo inquebrantable de un derecho que la espada misma de Almanzor, con todo el poder de sus ejércitos y de sus victorias no acierta á quebrantar, el pensamiento de Castilla triunfa del pensamiento del califado: Fernan-Gonzalez ha vencido á Almanzor, como con profunda verdad dicen los cantos de Gesta. Un paso más y se unirán Leon y Castilla, otro y se tomará Toledo, y Alfonso VI se llamará «Rey de las tres religiones,» y la España árabe se reconocerá su

XXVI

tributaria, y brillará el Cid, y se oirán por primera vez en Toledo palabras en lengua española y alardes de independencia, que indican que el pensamiento de España empieza á germinar en la cabeza de todos. En vano los reyes de Taifas, aun á riesgo de ahogarse y perecer, abrirán las compuertas á las inundaciones del África; ya está formada la roca sobre que se han de estrellar todas esas oleadas. De cada inundacion saldrá aumentada con nuevo limo.

Los árabes han cumplido su mision en Occidente: custodios de una inmensa caravana, han traído á Europa las riquezas estancadas de las civilizaciones orientales; ya no les queda más que levantar sus tiendas y volverse al desierto de donde partieron.

Grande y provechosa enseñanza ofrece al filósofo y al político la consideracion de época tan interesante de nuestra historia. En ella se vé cómo la formacion de las naciones no es producto de combinaciones arbitrarias, ideadas por la ambicion y eje-

XXVII

cutadas por la violencia, sino que esos grandes matrimonios sociales que forman las naciones compuestas, necesitan que sus miembros procedan de una misma estirpe, y que cada uno de ellos se individualice, tan igual y tan contrariamente como la naturaleza humana se individualiza en el varón y en la mujer.

Y para llegar á tamaño resultado, que el lector atento fácilmente pueda encontrar en las páginas de este libro, no necesite fatigarse leyendo largas disertaciones, ni caminar por el enmarañado dédalo de discusiones críticas. En él, el autor se ha limitado á presentar en breve y atractiva narración el resultado de largos años de trabajo, señalando tan solo las fuentes al pié, como garantía de exactitud y guía para el estudioso.

¡Y cuánto arte no se ha desplegado en su relato! Admirable conocimiento de los lugares, de las costumbres, de los personajes y hasta de las más pequeñas anécdotas de la vida íntima, le permiten formar una sé-

XXVIII

rie continúa de pequeños dramas de creciente interés, en que el ánimo se espacia dulcemente, sin apercibirse siquiera de la riqueza de noticias que tan sin trabajo vá adquiriendo. Si esta no fuera una obra notable de ciencia, sería una de las mejores de entretenimiento que se han escrito.

Pocas palabras hemos de añadir respecto á nuestra traducción. Libro de ciencia y de arte el que traducimos, pero de ciencia lo primero, hemos debido atender en primer término á la exactitud. Tomada del árabe, que tanta analogía tiene con nuestro lenguaje y tan escasa con la francesa, en muchos casos nuestra version no es más que una restitucion á sus primitivas fuentes. Algo nos ha fatigado la incoerencia con que entre nosotros se emplean los nombres arábigos, espresando muchas veces uno mismo con diferentes palabras, cuando se aplica á diversos individuos, y escribiendo el mismo sonido con diversas letras. ¡Ojalá que hubiera llegado á tiempo á nuestras

XXIX

manos el trabajo que sobre este punto prepara el Sr. Eguilaz! Faltos de él, hemos elegido un sistema, que si nó el mejor, tendrá al ménos la ventaja de ser constante.

Alguna vez diferimos en puntos esenciales históricos ó geográficos del autor; estas diferencias van razonadas por medio de notas. De este modo los lectores podrán ilustrar su juicio. Tambien hemos querido vindicar á Conde de acusaciones que nos parecen exageradas é injustas. No procedemos en esto por un mal entendido patriotismo; la ciencia es patrimonio universal y vive en un progreso continuo, pero tambien exige de los que la cultivan respeto á los predecesores y maestros.

ADVERTENCIA. (1)

La historia de España y particularmente la de los Moros, ha sido durante veinte años mi estudio predilecto, mi preocupacion continúa, y ántes de comenzar este libro, he pasado gran parte de mi vida en reunir sus materiales que se hallaban esparcidos en casi todas las bibliotecas de Europa, en examinarlos, compararlos y publicarlos en gran parte. Y sin embargo no doy á luz esta Historia sino con gran desconfianza. El asunto que he elegido es nuevo porque los libros que de él se ocupan, no son de ninguna utilidad, como he tratado de demostrarlo en otra parte, (2) tienen por base el tratado de Conde, es decir, el trabajo de un hombre que tenía á su disposicion pocos materiales, que falto de conocimientos gramaticales no estaba en el caso ni aun de entender los que tenía, y que carecía por completo de sentido histórico. No se trataba pues de rectificar aquí ó allí algunos hechos desfigurados por mis antecesores ó de presentar algunas cir-

(1) Del Autor.

(2) En la primera edicion de mis «Recherchessur l'histoire et la literature de l'Espagne pendant le moyen áge.»

cunstancias desconocidas, sino de tomar las cosas de raíz, de hacer vivir por primera vez en la historia á los Musulmanes españoles, y si la novedad del asunto es uno de sus atractivos es al mismo tiempo origen de todo género de dificultades.

Creo haber tenido á mi disposicion casi todas las obras manuscritas relativas á la historia de los Moros que se encuentran en Europa, y he estudiado el asunto por todas sus fases; pero como no me había propuesto escribir una obra científica, severa y seca destinada á tal ó cual especie de lectores, me he guardado muy bien de referir todos los hechos que han llegado á mi conocimiento. Queriendo cumplir hasta donde me era posible con las reglas del buen gusto y de la composicion histórica que mandan poner en evidencia un cierto número de hechos, á los que los restantes solo sirven de adorno y de cortejo, me he visto obligado muchas veces á condensar en pocas líneas el resultado de muchas semanas de estudio y aun de pasar en silencio muchas cosas que aunque no dejarán de tener interés, bajo cierto punto de vista, no cuadraban con el plan de mi trabajo. En cambio me he esforzado en presentar con el mayor detalle las circunstancias que me parecian caracterizar mejor las épocas de que trataba y no he temido entremezclar algunas veces á los dramas de la vida pública los hechos íntimos, porque soy de los que piensan que muchas veces se olvidan demasiado esos colores pasajeros, esos curiosos accesorios, esas menudencias de las costumbres sin las que la gran historia queda pálida y desabrida. El método de la escuela que se aplica, ménos á poner en relieve los individuos que las ideas que representan, no creo pueda convenir al asunto que he elegido.

Por otra parte, aunque nada haya escusado para

dar á esta historia el grado de certeza y realidad, á que me había propuesto llevarla, he creído que convenía disfrazar la erudicion en provecho del movimiento y de la claridad del relato, y no multiplicar inútilmente las notas, los textos y las citas. En trabajos de este género solo deben aparecer los resultados libres del aparato científico que ha servido para obtenerlos. Solo he tenido cuidado de indicar las fuentes en que he bebido.

Tengo que hacer constar que algunas partes de este libro son anteriores á otras publicaciones de estos últimos años. Así los primeros capítulos estaban ya escritos cuando mi sábio y excelente amigo, M. Renan, publicó en la Revista de Ambos Mundos su hermoso artículo acerca de Mahoma y los orígenes del Islamismo, de modo que si hemos llegado á los mismos resultados los hemos obtenido con entera independencia.

Réstame ya solo cumplir el agradable deber de dar las gracias á mis amigos, y particularmente á los Sres. Mohl, Wright, Defremery, Tornberg, Calderon, Simonet, de Slane y Dugat, ya por los manuscritos que han tenido la bondad de prestarme, ya por los extractos y cotejos que me han proporcionado con la mayor amabilidad y benevolencia.

Leiden Febrero de 1861.

LIBRO I.

LAS GUERRAS CIVILES.

I.

Mientras Europa hace siglos que progresa y se desarrolla, la inmovilidad es el carácter distintivo de esas innumerables hordas que con sus tiendas y sus rebaños recorren los áridos y vastos desiertos de la Arabia. Hoy son lo que eran ayer, y lo que serán mañana; en ellas nada cambia ni se modifica: los beduinos de nuestros días conservan en toda su pureza el espíritu que animaba á sus abuelos en tiempo de Mahoma, y los mejores comentarios sobre la historia y la poesía de los Árabes paganos, son las noticias que nos transmiten los viajeros modernos acerca de las costumbres, los hábitos

y la manera de pensar de los beduinos, entre quienes han habitado.

Y sin embargo, este pueblo no carece ni de la inteligencia ni de la energía necesarias para conocer y mejorar sus condiciones, si quisiera. Si nó progresa, si permanece extraño á toda idea de adelanto, es porque indiferente á el bienestar y á los goces materiales que ofrece la civilizacion no quiere cambiar su suerte por ninguna. El beduino en su orgullo se considera como el tipo más perfecto de la creacion, menosprecia á los otros pueblos, porque no se le parecen, y se cree infinitamente más feliz que el hombre civilizado. Cada condicion tiene sus inconvenientes y sus ventajas; pero la vanidad de los beduinos se esplica y se comprende sin esfuerzo. Guiados nó por principios filosóficos, sino por una especie de instinto, han realizado de buenas á primeras la noble divisa de la revolucion francesa; la libertad, la igualdad y la fraternidad.

El beduino es el hombre más libre de la tierra: «yo no reconozco, dice, otro señor que el del Universo.» La libertad de que goza es tan grande, tan ilimitada, que comparadas con ella, nuestras más avanzadas doctrinas liberales parecen preceptos de despotis-

mo. En nuestras sociedades, un gobierno es un mal necesario, inevitable, un mal que es la condicion del bien, los beduinos no lo tienen. Hay, es verdad, en cada tribu un gefe elegido por ella; pero este gefe no posee mas que una cierta influencia; se le respeta, se escuchan sus consejos, sobre todo si tiene el don de la palabra, pero no se le concede en manera alguna el derecho de mandar. En lugar de cobrar sueldo, tiene, y aun está obligado por la opinion pública, á proveer á la subsistencia de los pobres, á distribuir entre los amigos los presentes que recibe y á ofrecer á los extranjeros una hospitalidad mas suntuosa que cualquier otro miembro de la tribu. En todas ocasiones tiene que consultar el concejo de la tribu, que se compone de los gefes de las diferentes familias. Sin el consentimiento de esta asamblea no puede, ni declarar la guerra, ni concluir la paz, ni aun siquiera levantar el campo. (1) Cuando una tribu concede el título de gefe á uno de sus miembros, no es la mas veces sino un homenaje sin consecuencia; le dá con esto un testimonio públi-

(1) Burckhardt «Notes on the Bedouins» p. 66, 67; Burton «Pilgrimage to El Medinah and Meccah,» t. II pág. 112.

co de estimacion; reconoce solemnemente en él el más capaz, el más bravo, el mas generoso, el más adicto á los intereses de la comunidad. «Nosotros, no concedemos á nadie esta dignidad, decía un árabe antiguo, á menos que no nos haya dado todo lo que posee, que nos haya permitido hollar todo lo que le es querido, y todo lo que quisiera ver honrado, y que no nos haya servido como esclavo,» (1) pero la autoridad de este jefe es las mas veces tan mínima, que apenas se percibe. Habiendo preguntado uno á Araba contemporáneo de Mahoma de qué manera habia llegado á ser el gefe de su tribu, Araba negó al principio que lo fuera, é insistiendo en el otro, Araba le respondió al cabo. «Si las desgracias aquejaban á mis contributos, yo les daba dinero, si alguno de ellos cometia alguna falta, yo pagaba la multa por él, y he establecido mi autoridad apoyándome en los hombres mas dignos de la tribu. Aquél de mis compañeros que no puede hacer otro tanto, es ménos considerado que yo, el que lo puede es mi igual, y el que me escede es mas estimado que yo.» (2). En efecto, entonces como ahora se de-

(1) Mobarrad pág. 71.

(2) Mobarrad «ibid» compárese tambien á Ibn-

ponía al gefe, si no sabía sostener su rango, ó si había en la tribu un hombre mas generoso ó mas valiente que él. (1)

La igualdad, aunque no es completa en el desierto, es sin embargo mayor que fuera. Los beduinos no admiten ni la desigualdad de las relaciones sociales, porque todos viven de un mismo modo, usan los mismos vestidos, y consumen los mismos alimentos; ni la aristocracia de fortuna, porque la riqueza no es á sus ojos un título de pública estimacion. (2) Menospreciar el dinero y vivir al dia del botin conquistado por su valor, despues de haber repartido su patrimonio en regalos, es el ideal del caballero árabe. (3) Este desden de la riqueza, es sin duda, prueba de grandeza de alma y de verdadera filosofía; preciso es sin embargo, no perder de vista que la riqueza no puede tener para los beduinos el mismo valor que para los otros pueblos, pues que entre ellos es estremadamente precaria, cambia de dueño con una asombrosa facilidad. «La riqueza

Nobáta «apud» Rasmussen «Addit ad hist. Arabum pág. 18 del texto.»

- (1) Burckhardt pág. 68; Caussin t. II, p. 634.
- (2) Burckhardt pág. 41.
- (3) Caussin, t. II, págs. 555, 611.

viene por la mañana y se vá por la tarde, ha dicho un poeta árabe, y en el desierto esto es estrictamente verdadero. Estraño á la agricultura, y no poseyendo una pulgada de tierra, el beduino no posee mas bienes que sus camellos y sus caballos; pero es una posesion con la que no puede contar un solo instante. Cuando una tribu enemiga ataca la suya y le quita todo lo que posee, como sucede diariamente, el que ayer era rico, se encuentra reducido de pronto á la miseria (1) mañana tomará la revancha y volverá á ser rico.

Sin embargo la igualdad completa no puede existir sino en el estado de la naturaleza, y el estado de la naturaleza no es mas que una abstraccion. Hasta cierto punto, los beduinos son iguales entre sí, pero en primer lugar sus principios equalitarios no se estienden á todo el género humano; ellos se estiman muy superiores, no solo á sus esclavos y á los artesanos, que ganan el pan trabajando en sus campos, sino aun á todos los hombres de otras razas; tienen la pretension de haber sido amasados de un barro diferente al de todas las otras criaturas humanas.

(1) Burckhardt, pág. 40.

Luego, las desigualdades naturales acarrearán distinciones sociales, y si la riqueza no dá al beduino consideracion ni importancia alguna, tanto mas se la dan la generosidad, la hospitalidad, la bravura, el talento poético y el don de la palabra. «Los hombres se dividen en dos clases, ha dicho Hatim: las almas bajas se complacen en amontonar dinero, las almas elevadas buscan la gloria que procura la generosidad.» (8) Los nobles del desierto, los «reyes de los árabes,» como decía el Califa Omar, (9) son los oradores, y los poetas, son aquellos que practican las virtudes beduinas; los plebeyos son los nécios ó malvados que no las practican. Por lo demás los beduinos no han conocido nunca ni privilegios ni títulos, á menos que no se considere como tal el sobrenombre de «perfecto» que se daba antiguamente al que juntaba al talento de la poesía la bravura, la liberalidad, el conocimiento de la escritura, la destreza en nadar y en tirar el arco. (10) La nobleza de nacimiento que bien comprendida impone grandes deberes y hace las generaciones solidarias unas de otras

(8) Caussin tomo II pág. 627.

(9) Tabarí, t. II p. 254

(10) Caussin, t. II p. 424.

existe también entre los beduinos. La multitud, llena de veneración hacia la memoria de los grandes hombres á quienes rinde una especie de culto, rodea á sus descendientes, de su estimación y afecto, con tal que, si estos no han recibido las mismas dotes que sus abuelos, conserven á lo menos en su alma, el respeto y el amor á los hechos heroicos, á el talento y á la virtud. Antes del Islamismo se consideraba nobilísimo el jefe de tribu cuyo padre, abuelo y bisabuelo le habían precedido sucesivamente en el mismo puesto. (1) Nada más natural. Puesto que no se daba el título de jefe sino al nombre más distinguido, se debía creer que las virtudes beduinas eran hereditarias en una familia que durante cuatro generaciones había estado á la cabeza de su tribu.

En una tribu todos los beduinos son hermanos; este es el nombre que se dan entre sí cuando cuentan la misma edad; si es un anciano el que habla á un joven le llama «hijo de mi hermano.» Si uno de sus «hermanos» se halla reducido á la mendicidad y viene á implorar su socorro, el beduino matará si

(1) Ibn-Khaldun «Prolégómenes» (XVI), p. 250; Rahian p. 146. r.

es preciso hasta su última oveja para alimentarlo; si su hermano ha sufrido una afrenta de un hombre de otra tribu, sentirá esta afrenta como una injuria personal y no se dará punto de reposo hasta que no haya conseguido la venganza. Nada puede dar una idea bastante clara, bastante viva de esta «azabia» como él la llama, de esa adhesión profunda, ilimitada, inquebrantable que el Árabe siente hacia sus contributos, de esa absoluta adhesión á los intereses, á la prosperidad, á la gloria y al honor de la comunidad que lo ha visto nacer y que lo verá morir; no es un sentimiento parecido á nuestro patriotismo, que parecería al ardiente beduino frío en extremo, es una pasión violenta y terrible y al mismo tiempo el primero, el más sagrado de los deberes, la verdadera religión del desierto. Por su tribu, el Árabe está siempre pronto á todos los sacrificios, por ella comprometerá á cada instante su vida en esas empresas arriesgadas en que solo la fé y el entusiasmo pueden realizar portentos; por ella peleará hasta que su cuerpo deshecho no tenga ya figura humana..... «Amad á vuestra tribu, ha dicho un poeta, porque estais unidos á ella por lazos más fuertes que

los que existen entre el marido y la mujer.» (1)

Hé aquí de qué manera comprende el be-
duino la libertad, la igualdad y la fraterni-
dad. Estos bienes le bastan, no desea, no
imagina otros, está contento con su suerte.
(2) La Europa no está jamás contenta con
la suya, ó no lo está más que durante un
dia. Nuestra actividad calenturienta, nues-
tra sed de mejoras políticas y sociales, nues-
tros esfuerzos incesantes para llegar á un
estado mejor ¿no son en el fondo los sínto-
mas, la confesion implícita del tédio y mal-
estar que entre nosotros corroen y devoran
la sociedad? La idea del progreso preconiz-
ada hasta la saciedad en las cátedras y en
la tribuna es la idea fundamental de las so-
ciedades modernas; ¿pero habla sin cesar de
cambios y de mejoras el que se encuentra en
una situacion normal, el que se halla feliz?
Buscando siempre la felicidad sin conseguir-
la, destruyendo hoy lo que edificamos ayer,
caminando de ilusion en ilusion y de desen-
gaño en desengaño, acabamos por desesperar
de la tierra y decimos en nuestros momen-

(1) Mobarrad, p. 233.

(2) Véase Burckhardt p. 141.

tos de abatimiento y debilidad que el hombre tiene otro destino que los Estados y aspiramos á bienes desconocidos, en un mundo invisible..... Completamente sereno y fuerte, el beduino no conoce esas vagas y enfermizas aspiraciones hácia un porvenir mejor, su espíritu alegre, expansivo, indiferente, sereno como su cielo, no comprendería nuestros cuidados, nuestros dolores, ni nuestras confusas esperanzas. Á nosotros con nuestra ambicion ilimitada en el pensamiento, en los deseos y en el movimiento de la imaginacion, esta vida tranquila del desierto nos parecería insoportable por su monotonía y su uniformidad y preferiríamos pronto nuestra sobre-excitacion habitual, nuestras miserias, nuestros sufrimientos, nuestras sociedades conturbadas y nuestra civilizacion por concluir, á todas las ventajas que poseen los beduinos en su inmutable serenidad. (I)

Es porque entre ellos y nosotros, existe una diferencia enorme, somos demasiado ricos de imaginacion para gustar del reposo del espíritu; pero es tambien á la imaginacion á la que debemos nuestro progreso, ella es la que nos ha dado nuestra superioridad relativa. Donde quiera que falta, el

progreso es imposible; cuando se quiere perfeccionar la vida civil, desarrollar las relaciones de los hombres entre sí, es preciso tener presente en el espíritu la imagen de una sociedad mas perfecta que la existente; ahora bien, los Árabes á despecho de un prejuicio acreditado no tienen sino muy escasa imaginacion. Tienen la sangre mas impetuosa, mas ardiente que nosotros y pasiones más fogosas; pero son al mismo tiempo el pueblo menos inventivo del mundo. Para convencerse de ello, basta examinar su religion y su literatura. Antes que se hicieran musulmanes, tenían sus Dioses representantes de los cuerpos celestes; pero nunca han tenido mitología, como los Indios, los Griegos y los Escandinavos, sus Dioses no tenían pasado, no tenían historia y nadie ha intentado componerles una. En cuanto á la religion predicada por Mahoma, simple Mono-teismo al que han venido á juntarse algunas instituciones y algunas ceremonias tomadas del judaismo y del antiguo culto pagano, es sin disputa, de entre todas las religiones positivas la más simple y la mas desnuda de misterio, la mas razonable y la mas depurada, dirian aquellos que excluyen lo sobrenatural en cuanto es posible y que des-

tierran del culto las demostraciones exteriores y las artes plásticas. En la literatura, la misma falta de invencion, la misma predileccion por lo real y positivo. Los demás pueblos han producido epopeyas en que lo sobrenatural juega un gran papel. La literatura Árabe no tiene epopeya, no tiene tampoco poesía narrativa; exclusivamente lírica y descriptiva, esta poesía no ha expresado nunca mas que el lado práctico de la realidad. Los poetas árabes describen lo que ven y lo que experimentan; pero no inventan nada, y si alguna vez se permiten hacerlo sus compatriotas en vez de complacerse en ello, los tratan secamente de embusteros. La aspiracion hácia lo infinito, hácia lo ideal, les es desconocida y lo que vale mas á sus ojos, desde los tiempos más remotos, es lo preciso y lo elegante de la expresion, el lado técnico de la poesía. (1) La invencion es tan rara en su literatura que cuando se encuentra en ella un poema ó un cuento fantástico, se puede casi siempre asegurar desde luego, sin temor de equivocarse, que tal produccion no es de origen árabe, que es

(1) Véase á Caussin t. III, pág. 314 y siguientes, 345, 509 y sig. 513.

una traducción. Así, en «Las mil y una Noches» todos los cuentos de hadas, esas graciosas producciones de una imaginación fresca y riente que han encantado nuestra adolescencia, son de origen persa ó indico; en esta inmensa colección, las únicas narraciones verdaderamente árabes son los cuadros de costumbres, las anécdotas tomadas de la vida real. En fin, cuando los árabes establecidos en inmensas provincias conquistadas con la punta de su espada, se han ocupado de materias científicas, han mostrado la misma falta de poder creador. Han traducido y comentado las obras de los antiguos, han enriquecido ciertas especialidades con observaciones pacientes y minuciosas; pero no han inventado nada, no se les debe ninguna concepción grande y fecunda.

Existen, pues, entre los Árabes y nosotros diferencias esenciales. Acaso tienen ellos más elevación de carácter, más grandeza de alma y un sentimiento más vivo de la dignidad humana; pero no llevan consigo el germen del desarrollo y del progreso y con su necesidad apasionada de independencia personal y con su carencia absoluta de espíritu político parecen incapaces de plegarse á las leyes sociales. Lo han ensayado con

todo: arrancados por su profeta, de sus asientos, y lanzados por él á la conquista del mundo, lo han llenado con la fama de sus hazañas; enriquecidos con los despojos de cien provincias, han aprendido á conocer los goces del lujo; puestos en contacto con los pueblos que habian vencido, han cultivado las ciencias y se han civilizado tanto como era posible. Sin embargo, aun despues de Mahoma ha trascurrido un período bastante largo antes de que perdieran su carácter nacional. Cuando llegaron á España, eran todavía los verdaderos hijos del desierto y estaba en la naturaleza de las cosas, que á las orillas del Tajo ó del Guadalquivir, no pensáran al principio sino en proseguir las luchas de tribu á tribu, de horda á horda comenzadas en la Arabia, en la Siria y en el África. De estas guerras es de lo que primero debemos ocuparnos y para comprenderlas bien es necesario remontar hasta Mahoma.

II.

Una infinidad de tribus, algunas sedentarias, la mayor parte nómadas, sin comunidad de intereses, sin centro común, en guerra de ordinario las unas con las otras, hé aquí lo que era la Arabia en tiempo de Mahoma.

Si la bravura bastára para hacer á un pueblo invencible los árabes lo hubieran sido. En ninguna parte era mas comun el espíritu guerrero, sin guerra no hay botin y es de el botin de lo que principalmente vive el béduíno. (1) Además, era para ellos un placer embriagador manejar la lanza negra y flexible, y la brillante espada, hender el

(1) Véase Burckhardt, pág. 41.

cráneo ó cercenar el cuello á los contrarios, pulverizar la tribu enemiga como la «piedra pulveriza el trigo,» é inmolar víctimas «de aquellas cuya ofrenda no agrada al cielo.» (1) La bravura en los combates era el mejor título á los elogios de los poetas y al amor de las mugeres. Estas habian tomado algo del espíritu marcial de sus hermanos y de sus esposos. Marchando á retaguardia cuidaban á los heridos y animaban á los guerreros recitando versos llenos de una salvaje energía. «Valor, les decian, valor, »defensores de las mugeres! Herid con el filo »de vuestras espadas..... Nosotras somos »las hijas del lucero de la mañana, nuestros »pies huellan blandos cojines, nuestros cue- »llos están adornados de perlas, nuestros ca- »bellos perfumados con almizcle. Nosotras »estrechamos en nuestros brazos á los va- »lientes que hacen frente al enemigo; á los »cobardes que huyen los desdeñamos y les »negamos nuestro amor.» (2)

Sin embargo un observador atento, fácilmente hubiera podido apercibirse de la es-

(1) Moallaca d'Amr. ibn-Colthum.

(2) Caussin, t. II, pág. 281, 391; t. III, p. 99. Compárese con Abu-Ismael al-Bazri, «Fotuh á-Cham,» p. 77, 198, 200.

trema debilidad de este país, debilidad que proviene de la falta absoluta de unidad y de la rivalidad permanente de las diversas tribus. La Arabia hubiera sido infaliblemente subyugada por un conquistador extranjero sino hubiera sido demasiado pobre para merecer el trabajo de la conquista. «Qué teneis vosotros, decía el rey de Persia á un príncipe árabe que le pedia soldados y le ofrecía la posesion de una gran provincia? «Qué teneis? «ovejas y camellos. No quiero aventurar en «vuestros desiertos un ejército persa por tan «poco.»

Sin embargo, la Arabia al fin, fué conquistada; pero lo fué por un Árabe, por un hombre extraordinario, por Mahoma.

Acaso el enviado de Dios como él se llamaba, no era superior á sus contemporáneos, pero de seguro no se les parecía. De constitucion delicada, impresionable y estremadamente nerviosa, que habia heredado de su madre; dotado de una sensibilidad exagerada y enfermiza; melancólico, silencioso, amigo de paseos interminables y de prolongadas meditaciones nocturnas en los valles mas solitarios, siempre atormentado por una vaga inquietud, llorando y gimiendo como una muger cuando enferma-

ba, sujeto á ataques de epilepsia y falto de valor en los campos de batalla; su carácter formaba un extraño contraste con el de los árabes, robustos, enérgicos y belicosos que no entendían de ensueños y miraban como una debilidad vergonzosa, que un hombre llorara aunque fuera por los objetos de su mayor cariño. Por otra parte Mahoma tenía más imaginación que sus compatriotas y un alma profundamente religiosa. Antes que los sueños de la ambición mundana vinieran á alterar la pristina pureza de su corazón la religión era para él lo único, lo que absorbía todos sus pensamientos, todas sus facultades y esto era sobre todo lo que le distinguía de la multitud.

Sucede con los pueblos lo que con los individuos; unos son esencialmente religiosos, otros no. Para ciertas personas, la religión constituye el fondo de su naturaleza, así que si su razón se revela contra las creencias en que han nacido se crean un sistema filosófico mucho más incomprensible, mucho más misterioso que sus creencias mismas. Pueblos enteros viven así por la religión y para la religión, ella es su único consuelo y su única esperanza. El Árabe por el contrario, no es religioso por naturaleza y hay bajo este pun-

to de vista entre él y los otros pueblos que han adoptado el Islamismo, una diferencia enorme; no debemos admirarnos de ello. Considerada en su origen, la religion tiene mas influencia sobre la imaginacion que sobre el entendimiento y en el Árabe, como lo hemos notado ya, no es la imaginacion lo que predomina. Ved á los actuales beduinos. Aunque sellaman musulmanes apenas se cuidan de los preceptos del Islamismo, deben orar cinco veces al dia, no lo hacen jamás. (1) El viajero europeo que mejor los ha conocido, atestigua que es el pueblo mas tolerante del Asia. (2) Su tolerancia data de antiguo porque pueblo tan celoso de su libertad, consiente dificilmente la tiranía en materia de creencias. En el siglo IV Martahd, rey del Yemen acostumbraba á decir: «Yo reino sobre los cuerpos, y no sobre las opiniones: yo exijo de mis súbditos que obedezcan á mi gobierno; en cuanto á sus doctrinas júzguelos Dios que los crió.» (3) El Emperador Federico II no hubiera dicho más. Esta tolerancia tocaba muy de cerca

(1) Burckhardt pág. 160.

(2) El mismo, ibid.

(3) Caussin, t. I. p. 111.

á la indiferencia y al escepticismo. El hijo y sucesor de Martahd había profesado primero el judaismo, despues el cristianismo y acabó por fluctuar entre las tres religiones. (1) En tiempo de Mahoma se dividían la Arabia: la de Moisés, la de Cristo y la politeísta. Las tribus judáicas eran acaso las únicas sinceramente adictas á su culto, las únicas tambien que eran intolerantes. Las persecuciones son raras en la antigua historia del país, pero de ordinario los culpables son judíos. El cristianismo no contaba muchos adeptos y los que lo profesaban no tenían de él sino un conocimiento muy superficial. El Califa Alí no exageraba demasiado cuando decía de una tribu que era sin embargo aquella en que había echado más raíces. «Los Teglib no son cristianos, ellos no han tomado del cristianismo más que la costumbre de beber vino.» (2) La verdad es que esta religion encerraba demasiados misterios y milagros para agradar á este pueblo burlesco y positivo. Bien lo experimentaron los obispos que hacía el año

(1) Causin, t. I. p. 114.

(2) Bedhawi, «Comentarios sobre el Coram,» sur 5, vs. 7.

513 quisieron convertir á Mondhir III rey de Hira. Cuando los hubo escuchado atentamente, uno de sus oficiales vino á decirle una palabra al oído, al punto Mondhir muestra una profunda tristeza y preguntándole los prelados respetuosamente la causa: «¡ay! les dijo: ¡cuán funesta noticia! Acabo de saber que el Arcángel San Miguel ha muerto!— ¡Pero príncipe no veis que os engañan! Los ángeles son inmortales.— Y qué, ¿no quereis vosotros persuadirme de que el mismo Dios ha sufrido muerte?» (1)

Los ídólatras, en fin, que constituían la mayor parte de la nación que tenían divinidades particulares para cada tribu, y casi para cada familia, y «que admitían un Dios supremo, Aláh, cerca del cual las otras divinidades eran intercesoras», estos ídólatras tenían algún respeto á sus adivinos y á sus ídolos y sin embargo degollaban á los adivinos si sus predicciones no se cumplían ó cuando imaginaban que los delataban; engañaban á los ídolos sacrificándoles una gacela cuando les habían prometido un cordero, y los injuriaban si no respondían con arreglo á sus deseos ó á sus esperanzas. Yendo Amrulcáis contra los Beni-

(1) Causin, t. II, p. 78.

Asad para vengar la muerte de su padre, se detuvo en el templo del ídolo Dhu-'l Kholosa á fin de consultar la suerte por medio de tres flechas llamadas «la órden, la prohibicion y la espera.» Habiendo salido la prohibicion consultó de nuevo, pero la prohibicion salió tres veces seguidas. Entonces rompiendo las flechas y tirando los pedazos á la cabeza del ídolo: «Miserable! le dijo, si fuera tu padre el muerto, no me prohibirías ir á vengarlo!»

En general, la religion, cualquiera que ella fuese, ocupaba poco lugar en la vida del árabe *embebido en los intereses de esta tierra, en los combates, el vino, el juego y el amor. «Gozemos de la presente decian los poetas, que bien pronto la muerte nos alcanzará.» (1) Y tal era en verdad la divisa de los beduinos. Estos hombres que se entusiasmaban tan fácilmente con una noble accion ó un bello poema, permanecian de ordinario indiferentes y frios, cuando se les hablaba de materias religiosas. Asi sus poetas, fieles intérpretes de los sentimientos nacionales, no hablan de ellas casi nunca. Escuchemos á Tarafa: «Por la ma-

(1) Moallaca' d'Amr ibn-Colthum.

«ñana, cuando vengas, te ofreceré una copa
«llena de vino, y no te importe beberte el
«dicor de un soló trago: volverás á comen-
«zar conmigo. Los compañeros de mis place-
«res son, nobles jóvenes de rostros brillan-
«tes como luceros.—Una, encantadora, con
«su vestido de rayas y su túnica de color
«de azafran, viene todas las tardes á ale-
«grarnos. Su túnica descotada deja que las
«manos amorosas se paseen libremente por
«su seno....: Estoy entregado al vino y al
«placer; he vendido lo que poseía, hé disi-
«pado los bienes adquiridos y los que habia
«heredado. Censor que vituperas mi aficion
«á los placeres y á los combates, dime: ¿tie-
«nes la receta para hacerme inmortal? Si tu
«sabiduría no puede alejar de mí el fatal
«momento, déjame que todo lo prodigue en
«los placeres, ántes que me alcance la muer-
«te. El hombre que tiene inclinaciones ge-
«nerosas, bebe en ancha copa, durante su
«vida. Mañana censor ríjido, cuando los dos
«muéramos, verémòs á cuál de nosotros
«consume sed más ardiente.»

Un escaso número de hechos había de-
mostrado sin embargo, que los árabes, y so-
bre todo, los árabes sedentarios, no eran
inaccesibles al entusiasmo religioso. Veinte

mil cristianos de la villa de Nejran, teniendo que elegir entre la hoguera y el judaismo, prefirieron perecer entre las llamas á abjurar de su fé. Pero el celo era la excepcion, la indiferencia, ó por lo menos la tibieza, la regla general. La tarea que Mahoma se habia impuesto declarándose Profeta, iba pues á ser doblemente dificil. No podia limitarse á demostrar la verdad de las doctrinas que predicaba. Debia ante todo triunfar de la indolencia de sus compatriotas, despertar entre ellos el sentimiento religioso, y persuadirles de que la religion no es una cosa indiferente, de la que en rigor pudiera prescindirse. Le era preciso, en una palabra, transformar, metamorfosear una nacion sensual, escéptica y burlona. Empresa tan dificil hubiera desanimado á cualquiera otro ménos convencido de la verdad de su mision. Mahoma no recogia donde quiera más que burlas é insultos. Sus conciudadanos, los de la Meca le compadecian ó lo zaherian, y se le consideraba ya como un poeta inspirado por un demonio, ya como un adivino, un májico ó un loco. «Hé aquí el hijo de Abdhala que viene á traernos «noticias del cielo,» decian cuando se le veia llegar. Algunos le proponian con aparente

buena fé traer á sus espensas médicos que lo curaran. Le arrojaban inmundicias, y cuando salía de su casa, hallaba su camino cubierto de ramas espinosas. Se le prodigaban los epítetos de bribon y de impostor. Ni había sido más afortunado fuera de la Meca. En Taif espuso su doctrina delante de los jeques reunidos; allí tambien se burlaron de él. «Nó podía Dios hallar un apóstol «mejor que tú?» le dijo uno. «Yo no quiero discutir contigo,» añadió otro. «Si tú «eres un profeta, eres demasiada persona «para que yo me atreva á responderte; si un «impostor, no mereces que te hable.» Con la desesperacion en el alma, Mahoma abandonó la reunion, perseguido por las injurias y los insultos del populacho, que le tiraba piedras.

Mas de diez años se pasaron así. La secta era poco numerosa, y todo parecía indicar que la nueva religion acabaría por desaparecer, sin dejar huella, cuando Mahoma halló un apoyo inesperado, entre los Aus y los Kharradj, dos tribus que hácia el fin del siglo V habian quitado la posesion de Medina á otras judías.

Los Mequeses y los Medineses se odiaban porque pertenecian á razas enemigas. Ha-

bía dos en la Arabia; la de los Yemenitas y la de los Maaditas. Los Medineses pertenecían á la primera. Á el ódio, los de la Meca juntaban el desprecio. Á los ojos de los árabes, que juzgaban la vida pastoral y el comercio como las solas ocupaciones dignas de un hombre libre, cultivar la tierra era una profesion envilecedora. Ahora bien, los Medineses eran agricultores y los Mequeses mercaderes. Y además habia gran número de judíos en Medina; muchas familias de los Aus y de Kharzraj habian adoptado esta religion, que los antiguos señores de la ciudad, reducidos ahora á la condicion de «clientes,» habian conservado. Así, aunque la mayor parte de las dos tribus dominantes, parece haber sido idólatra como los Mequeses, estos miraban á toda la poblacion como judía, y la menospreciaban por consiguiente. En cuanto á Mahoma, participaba de las prevenciones de sus conciudadanos, contra los Yemenitas y los agricultores. Se cuenta que oyendo recitar á uno este verso: «yo soy «Himyarita, mis abuelos no eran ni de Rhabia ni de Modhar,» Mahoma le dijo: «tanto peor para tí: este origen te aleja «de Dios, y de su Profeta.» (1) Se dice tambien,

(2) Raihan, fól. 105 v.